

El día 28 de diciembre de 1979, los presos políticos encerrados en el penal de Villa Devoto, en Buenos Aires, recibieron la primera visita de contacto que las autoridades permitieron en tres años. La noche de la víspera, sin duda, no fue de rutina en los separos. Muchos padres tendrían una relación física con sus hijos por primera vez en su vida, sin la barrera habitual de una pared y un vidrio, por donde apenas se observa —del prisionero— la cabeza y un poco más abajo de los hombros. Muchos padres ensayaban, en sus monólogos nocturnos, la escena del día siguiente, imaginaban los diálogos, alistaban sus ropas, o fumaban nerviosos un cigarrillo. Al mismo tiempo, trenes, autobuses, vehículos diversos llegaban a Buenos Aires desde diferentes regiones; padres y abuelos dejaban sus trabajos, pedían dinero prestado, se subían en los transportes y alistaban a los pequeños para esa especial jornada. Vecinos y amigos cooperaban con aportes o prestaban sus carros. ¡Serían quince minutos! En la madrugada del 28 de diciembre, una enorme cola de autos de toda la Argentina rodeaba al sombrío penal.

Cada preso, cada presa, habrá sentido los golpes de la ansiedad, habrá fabricado un obstáculo, un problema, habrá escuchado como una eternidad —una más de la vida en prisión— los nombres que iba coreando un guardia. Era un hermoso día de verano en Buenos Aires, y el patio del penal, lentamente, se fue llenando de niños. Por tandas, los condenados recibían a sus visitantes. "No sé cómo explicar lo que sentimos en el primer abrazo", dice la carta de uno de ellos. "Los

Argentina

Cuando salieron de la casita de vidrio

Antonio Marimón

besé, los toqué", dice la carta de otro. No es posible narrar lo que entonces sucedió.

—Papá, ahora sí eres mi papá —dijo un niño de seis años.

—Mamita... ¡tenías pies! —exclamó una niña de cuatro años.

¿Cómo saliste de la casita de vidrio? —preguntó un pequeño de tres años.

Estas preguntas, el tono de las voces de los niños, el peso, la estatura, el color de los ojos, la violencia o la intensa suavidad de los abrazos, las anécdotas, los diálogos, los colores de las ropas. Esas cosas se narraron en los corrillos de los pabellones de Villa Devoto, en la tarde y en la noche del último 28 de diciembre de los presos y las presas. ¡Fueron quince minutos! Mucho o poco tiempo, según las circunstancias, pero el suficiente —de todos modos— para que la integridad de muchas familias jóvenes se reproduzca con la fuerza de las

últimas reservas sociales, con el vigor de los momentos límites de la condición humana.

Esta es la historia. Por un día, por un rato los hijos de los detenidos en el penal no necesitaron acariciar a los padres a través del atroz, cruelmente simbólico intermedio de un vidrio. No necesitaron arañar inútilmente la superficie de un cristal. El hecho, en su enorme pequeñez histórica, no deja de poseer profundidad. Ante todo, sanciona el torpe refinamiento del sistema carcelario, revela la implacable voluntad de castigo que se ciñe en la ideología de los verdugos. También indica que hoy, en Argentina, una forma de la resistencia se cons tituye en la obstinada necesidad de obligar a repetir los sucesos de ese día, de ganar minutos y abrazos en los patios de una prisión. Confirma, igualmente, el entramado de una oscura red solidaria en la que todavía respiran los fundamentos de la sociedad civil, y plantea un heroísmo cotidiano que, en la sola supervivencia, ya triunfa en su batalla.

Por otro lado, nada hay aquí de original ni de especialmente llamativo. Es una tragedia sí, pero que pertenece a nuestro tiempo, cuyas imágenes ya son conciencia, y algunas veces trivialidad, en los días que corren, en el siglo que vivimos. "¿Qué han hecho nuestros hijos para 'tocarnos' sólo a través de un vidrio?", se pregunta la carta de uno de los protagonistas. Nada especial, evidentemente, salvo estar en la historia. Y con ello, existir en la dialéctica de la explotación, de los imperios, del dolor, del zigzagueante camino de los pueblos. También de la esperanza.

EL B A L L O I L U S T R A D O



D. H.

BORGES PARA RATO

Los artificios, el candor del hombre y la industria acerca de Jorge Luis Borges parecen de veras no tener fin. Con excepción de algunos buenos conocedores y "gustadores" de la obra de Borges (en México, de manera notoria, José Emilio Pacheco figuraría en primer lugar), todo lo demás llegaría fácilmente a fastidiarnos si, como es natural, no contáramos con la garantía de que el propio Borges siempre tiene alguna buena salida en las innumerables entrevistas que le han hecho (y en las películas que ya se han robado con él como actor? ¿persona-

je?). Dos nuevos libros de la industria de Borges han llegado recientemente a las librerías mexicanas: **Borges para millones** y **Borges, oral**.

El primero de estos libros, **Borges para millones**, fue editado (apresuradamente, y se nota), por Corregidor y es el texto de una entrevista que sirvió como base del guión de una película dirigida por Ricardo Wulicher. Las erratas —sobre todo en los nombres propios— abundan; el entrevistador (no se le da crédito), es, para decirlo con suavidad, un inoportuno que interrumpe a Borges continuamente. El título mismo del libro es afrentoso, oportunista descaradamente comercial. Como el propio Pacheco señalara hace poco, las entrevistas con Borges constituyen "un género", "el más fecundo de su última etapa". Son sin exagerar "literatura oral", como dicen los editores del segundo libro que comentamos: **Borges oral**, (Emecé Editores/Editores de Belgrano), reunión de cinco conferencias (o clases, cátedras) dictadas entre mayo y junio de 1978 en la Universidad de Belgrano. El libro tiene cuatro agregados: una presentación firmada por el rector de esa universidad; un breve prólogo del propio Borges; y como posfacios una nota titulada "El Borges oral", de Martín Müller, y una "Semblanza biográfica" de JLB.

UNA AMISTAD LITERARIA

Así llama José Emilio Pacheco a los testimonios —la correspondencia— de la relación entre Alfonso Reyes y Borges. El número de diciembre de 1979 de la **Revista de la Universidad de**

México recoge las cartas cruzadas entre ambos escritores, con las notas de Pacheco. El trabajo ocupa dieciséis páginas de la **RUM**; está complementado con el último ensayo publicado por Reyes: "La malicia del pueblo".